

*A*nálisis
e Investigación

LA DIVERSIDAD DINÁMICA DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS LATINOAMERICANOS*

por Michael Coppedge**

La investigación reciente sobre América Latina ha recorrido un largo camino hacia la corrección del viejo estereotipo que determina que los partidos y sistemas de partidos de la región son excesivamente pragmáticos, clientelistas, personalistas, volátiles, poco cohesionados y, por los tanto, débiles. Un nuevo saber establecido se ha desarrollado enfatizando las diferencias entre los países latinoamericanos más que su desviación común respecto de las normas del norte industrializado. Nuestro entendimiento requiere ir un paso más allá, a partir del reconocimiento de que existen diferencias tanto dentro de cada país como entre los países de Latinoamérica. Dicho reconocimiento requiere que seamos cautos al generalizar sobre las diferencias entre esos países. Asimismo, los investigadores deben lograr un conocimiento sistemático de la sustancia de la competencia partidaria, la cual ha sido descuidada en favor de características mensurables más objetivas, como la fragmentación y la volatilidad. Este artículo tiene por objetivo mejorar el conocimiento establecido en ambas direcciones, a través de la descripción, elección por elección, de la ideología, polarización, posición media izquierda-derecha, fragmentación e institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos del siglo XX.

El desarrollo del saber establecido

El saber establecido concerniente a los partidos y sistemas de partidos latinoamericanos se ha desarrollado en cuatro etapas. Desde la turbulencia del siglo XIX hasta aproximadamente 1960, el estereotipo prevaleciente para América Latina era el de una región signada por el caudillismo o dominación

* Publicado bajo la autorización de Sage Publications Ltd., Coppedge, M. "The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems", en *Party Politics*, N° 4, octubre, 1998. Traducción realizada por Luis Zemborain y Gustavo Dufour.

** Investigador del Kellogg Institute, Hesburgh Center, University of Notre Dame. E-mail: coppedge.1@nd.edu

por una o más personalidades fuertes, en general figuras militares sin una base organizacional de apoyo sólida. No obstante, Chile fue siempre reconocido como la excepción, siendo por lejos el más 'europeo' de los casos latinoamericanos, con partidos políticos enraizados y bien organizados e ideologías izquierda-derecha claramente definidas (Johnson, 1958: 19, 66-93). Desde 1960 a 1967 aproximadamente, los partidos latinoamericanos fueron un objeto de estudio común en Estados Unidos. Dicha investigación trajo consigo dos innovaciones. En primer lugar, se reconoció que la política democrática de masas de la era de la posguerra había dado lugar a un nuevo tipo de partidos. Algunos eran partidos comunistas o socialistas, los cuales eran apropiadamente considerados como ideológicos. Sin embargo, los partidos 'Aprista' o 'nacional-revolucionarios' también empezaban a emerger, caracterizados por un liderazgo desde la clase media, una base social multiclase y una ideología reformista (Blanksten, 1960; Martz, 1964; Di Tella, 1965; Dix, 1966). En segundo lugar, esta ola de investigaciones produjo estudios de caso detallados de partidos como instituciones, de modo que se logró una reserva de conocimiento sobre estructuras organizacionales, selección de candidatos, cohesión, campañas, faccionalismo y elecciones (Alexander, 1964; Martz, 1966; Williams, 1967; Payna, 1968; Hillikar, 1971). Sin embargo, a fines de la década del 60, el estudio de los partidos políticos se convirtió en un área de estudio marginal entre los latino-americanistas. Una decisión lógica, si se tiene en cuenta el auge de los gobiernos militares y la existencia de un ambiente radicalizado en donde sólo contaba el verdadero cambio revolucionario y donde el reformismo era considerado como sinónimo de personalismo, clientelismo o reacción abierta. Aunque las investigaciones sobre partidos no desaparecieron totalmente, los campos de interés eran otros: prevalecían lo militar, la Iglesia, la política económica y las clases sociales.

Las investigaciones sobre partidos fueron dejadas de lado hasta mediados de los 80, cuando el proceso de redemocratización se encontraba a mitad de camino, y los partidos se tornaron nuevamente en actores políticos importantes. La ola de democratización inspiró estudios puntuales en la Argentina (Gibson, 1996), Brasil (Keck, 1986; Kinzo, 1988; Mainwaring, 1993), Chile (Scully, 1992), Colombia (Hartlyn, 1988), Ecuador (Conaghan, 1988), México, Perú (Graham, 1992), Uruguay (Gillespie, 1991; González, 1991), y Venezuela (Coppedge, 1994). La integración de los casos latinoamericanos en los debates corrientes sobre presidencialismo, comportamiento legislativo y reforma electoral llevó por primera vez a los académicos a recolectar información transnacional comparable acerca de los sistemas de partidos latinoamericanos (Taagepera y Shugart, 1989; Remmer, 1991; Mainwaring, 1993; Jones, 1994; Mainwaring y Scully, 1995; Coppedge, 1997b).

Dentro del nuevo saber establecido que creció a partir de estos estudios, admirablemente sintetizado en *Building Democratic Institutions* (1995) de Mainwaring y Scully, los sistemas de partidos latinoamericanos varían de acuerdo a su institucionalización y número. La distinción fundamental es la que divide a los sistemas de partidos institucionalizados de los rudimentarios. Una división secundaria es la más tradicional clasificación entre sistemas de partido dominante, bipartidistas y multipartidistas. Estas son las dos dimensiones que han recibido mayor atención y donde reside la mayor cantidad de datos. En términos generales, los sistemas de partidos latinoamericanos pueden ser clasificados a partir de seis 'tipos' distintos, definidos por su grado de institucionalización y fragmentación. El primer tipo, que constituye la combinación ideal, es el sistema de partidos institucionalizado 2-2.5, identificable en Costa Rica, Colombia, Venezuela, Uruguay antes de 1971 y Argentina en ciertos períodos. El Uruguay posterior 1971 y Chile son clasificados como sistemas de partidos institucionalizados pero fragmentados, y aunque son propensos a las crisis de gobernabilidad, en el caso de que una coalición mayoritaria no pueda ser construida, son de todas maneras considerados viables. Un tercer tipo, marginalmente democrático, es el sistema institucionalizado de partido dominante identificado en México y Paraguay, mientras que el sistema de partidos rudimentario 2-2.5, propio de Perú, constituye un cuarto tipo. La peor combinación es el sistema de partidos rudimentario y fragmentado, el cual ha sido diagnosticado en países como Ecuador, Bolivia y Brasil durante sus años democráticos. Finalmente, el sistema de partidos del Brasil autoritario puede ser clasificado como un sistema de partido dominante y rudimentario, aun cuando muchos especialistas consideran a las elecciones bajo un régimen autoritario como intrínsecamente incomparables a las de los sistemas democráticos.

El nuevo saber establecido es un gran adelanto con relación al análisis irregular y a los estereotipos que prevalecieron hace 30 años. No obstante, puede ser mejorado en dos aspectos. Por un lado, es importante reavivar el análisis sistemático de la sustancia de la política de partidos. Una focalización puramente institucional nos limita a un análisis de sistemas de partidos que han sido previamente filtrados, destripados y separados de la carne y sangre de la política —ideología, personalidades, intereses, ideas, plataformas, *slogans*, imágenes, temas— en síntesis, la sustancia de la competencia política. Ciertos aspectos cruciales del proceso democrático como las alianzas y coaliciones, opciones de políticas y polarización, no pueden ser bien entendidos sin considerar las ideas, intereses e imágenes de los partidos, además de su número y tamaño. En las próximas dos secciones se evaluará cuán ideológicos y polarizados son realmente los sistemas de partidos latinoamericanos, y se describirá la profundidad de su tendencia hacia la derecha o hacia la izquierda.

Por otro lado, el perfeccionamiento del saber establecido requiere comprender los cambios de los sistemas de partidos. Está claro que la mayoría de los sistemas de partidos latinoamericanos cambian rápidamente, especialmente si se los contrasta con aquellos del norte industrializado. De todas maneras, el saber establecido no ha tomado todavía una real conciencia de cómo esta variabilidad afecta nuestra habilidad para describirlos y analizarlos. Cuanto más volátil es un sistema de partidos, menos sentido tiene generalizar sobre cualquiera de sus características—fragmentación, tendencia ideológica, polarización o la misma volatilidad—. La opción de utilizar una tipología útil por país se encuentra descartada: estos sistemas de partidos desafían toda taxonomía. Los promedios calculados a partir de un extenso período de tiempo, tienden a ser pobres indicadores de la naturaleza de un sistema de partidos en cualquier punto dado del trayecto. En cambio, los promedios calculados a partir de un corto período de tiempo entre elecciones, tienden a ser poco representativos de otros períodos. Hasta las generalizaciones sobre los diferentes períodos de la historia de un país son inadecuadas, debido a que los períodos de relativa homogeneidad son breves en la mayoría de los casos, y porque una periodización que es útil para describir una característica es raramente útil para describir alguna otra. La mayoría de los sistemas de partidos latinoamericanos son cambiantes en diversas dimensiones al mismo tiempo; por lo tanto, hay una considerable incertidumbre acerca de lo que es ‘típico’ del sistema de partidos de un país dado, si es que existe realmente ese elemento ‘típico’.

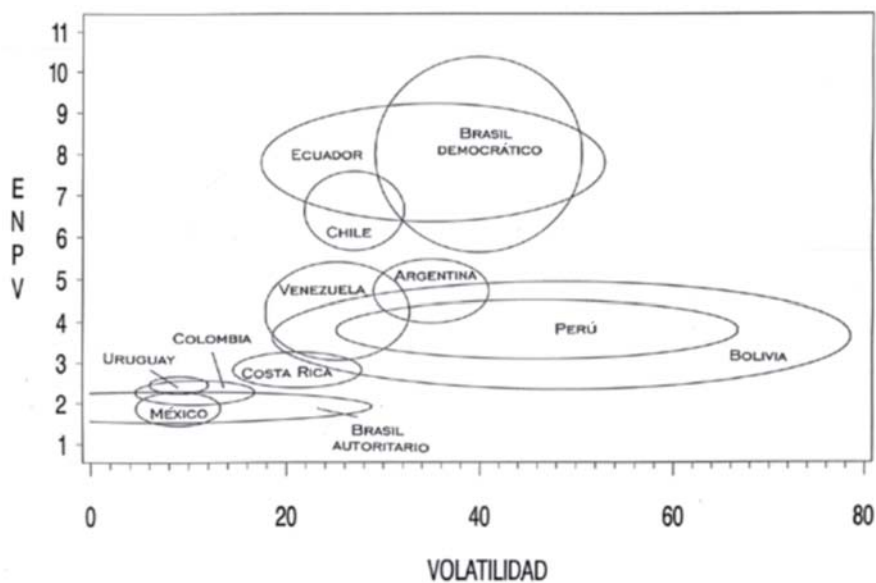
La Figura 1 ilustra la naturaleza del problema de manera más precisa, haciendo uso de la estadística elemental. Los dos ejes representan las dos características más familiares de un sistema de partidos: fragmentación (el número efectivo de partidos electorales) y volatilidad¹. Cada elipse en la figura corresponde a la experiencia global de un país durante el siglo XX,

¹ El número efectivo de partidos (ENPV) es un indicador que cuenta a los partidos luego de haberlos pesado por su tamaño (Laakso y Taagapera, 1979). Su fórmula es: $ENPV = 1 / (\sum p_i^2)$, donde p_i es el porcentaje de votos por el partido i . En un sistema bipartidista perfecto, con una división del voto de 50-50, el ENPV equivale a 2.0; en un sistema de cuatro partidos (25-25-25-25), equivale a 4.0. Pero si algunos partidos son más grandes que otros, el número efectivo es usualmente una fracción, seguramente más alta que el número intuitivamente esperado de partidos. El índice estándar de volatilidad (V) es la suma de todos los cambios en porcentajes del voto experimentados por todos los partidos de una elección a otra (multiplicada por 0.5 para eliminar la duplicación): $V = .5 * \sum |p_{i,t+1} - p_{i,t}|$. El rango es de 0 a 100 y puede ser interpretado como el porcentaje del voto que cambia entre los partidos, en su conjunto, entre elecciones (Pedersen, 1979).

excepto Brasil, que tiene elipses separadas para sus sistemas de partidos democrático y autoritario. La media de fragmentación y volatilidad para cada país cae en el centro exacto de sus respectivos ovals. Cada oval delinea intervalos de confianza del 95% correspondientes a dichas medias, con los extremos verticales indicando el intervalo de fragmentación y los extremos horizontales indicando el intervalo de volatilidad. Por ejemplo, podemos indicar con una confianza del 95% que el promedio del número efectivo de partidos en Uruguay se halla entre 2.25 y 2.67 (los extremos verticales), y que el promedio de la tasa de volatilidad en el Brasil democrático se encuentra entre 29 y 51 (los extremos horizontales).

FIGURA I

La diversidad dinámica de los sistemas de partidos latinoamericanos



Si la media de un país dado cae dentro del intervalo de confianza de otro país, se infiere que la media de ambos no es significativamente distinta. Por lo tanto, contrariamente a lo expresado por el saber establecido, no podemos decir con seguridad que 1) el sistema de partidos de México ha estado menos fragmentado que el de Colombia, 2) el de Costa Rica ha sido más fragmentado que el de Uruguay o menos fragmentado que el de Bolivia, 3) el de Venezuela ha estado menos fragmentado que el de Argentina, o 4) el

de Chile ha estado menos fragmentado que el de Ecuador. Tampoco podemos asegurar que 1) el sistema de partidos de Venezuela es menos volátil que los de Perú, Chile, Bolivia o Ecuador, 2) el del Brasil democrático es más volátil que el de Ecuador o Argentina, o 3) el de Costa Rica es más volátil que el del Brasil autoritario.

En vista de la incertidumbre introducida por la variabilidad de los sistemas de partidos latinoamericanos, las generalizaciones deberían ser evitadas. De no ser esto posible, por lo menos, deberían ser hechas con mayor precaución, por ejemplo, dejando constataadas las desviaciones estándar o intervalos de confianza. Idealmente, las unidades de análisis deberían ser las elecciones individuales y no los países. Cuando las elecciones son tomadas como las unidades de análisis, el verdadero valor de los parámetros de interés es conocido con un mayor grado de certidumbre, debido a que la varianza para una única elección es cercana a cero (dependiendo solamente de la confiabilidad del indicador mismo). Los datos extraídos elección por elección pueden parecer de menor valor que una generalización extensiva sobre una gran parte de la historia de un país, pero en realidad son mucho más significativos. A los actores políticos probablemente les preocupa menos los promedios que los resultados de la última elección, que en definitiva es la que define su realidad política por 2, 3, 4 o 5 años.

Ideología: rigidez, personalismo y claridad

Existe algún saber establecido sobre la ideología en los sistemas de partidos latinoamericanos, aunque a diferencia de la fragmentación o la volatilidad no ha sido estudiada de manera rigurosa y sistemática. Persiste la vieja percepción de los partidos chilenos como altamente ideológicos, así como persiste la percepción de los partidos en Ecuador y Bolivia como altamente personalistas, no ideológicos y clientelistas (Scully, 1995: 100; Gamarra y Malloy, 1995: 399; Conaghan, 1995: 436). Se mantiene también la amplia creencia de que los partidos brasileños antes del golpe de 1964 entran dentro de esta descripción. Pero Mainwaring, no obstante, arguye que 'éstos viejos adagios deben ser dejados de lado' para el sistema de partidos post-1985 (Mainwaring, 1995: 375-6). La mayor parte de los otros sistemas caen en algún punto entre ambos extremos. El sistema de partidos de Costa Rica es considerado moderadamente ideológico, ya que tiene un gran partido claramente reformista (PLN) opuesto a una agrupación opositora de similar tamaño pero ideológicamente heterogénea (PUSC) (Yashar, 1995). Lo mismo podría decirse de Perú y Venezuela a comienzos de los 80, pero en ambos países los tradicionalmente

grandes partidos reformistas han perdido terreno a favor de los candidatos independientes: Fujimori en Perú y Caldera en Venezuela (Graham, 1992; Coppedge, 1996). Siempre ha sido difícil caracterizar la ideología de los grandes partidos en Colombia y Uruguay debido a su división en facciones, algunas de las cuales son ideológicas mientras que otras son meramente personalistas (Hartlyn, 1988; Gillespie, 1991). Finalmente, los partidos en Argentina y en México son considerados ideológicos sólo si se reconoce como dominante un clivaje fuera de la dicotomía izquierda vs. derecha. En México, la dimensión izquierda-derecha está subordinada a una oposición entre democracia y dominación continua del partido oficial (Domínguez y McCann, 1996). En Argentina la división política fundamental separa a los peronistas del resto, aunque la naturaleza de la división es controversial (McGuire, 1995; Ostiguy, 1997).

Antes de determinar de manera más exacta cuán ideológicos son los partidos y los sistemas de partidos latinoamericanos, es necesario clarificar tres cuestiones. Primero, el personalismo y la ideología no son necesariamente cualidades mutuamente excluyentes. Algunos de los partidos más rígidos del mundo desde el punto de vista ideológico han sido identificados con, y controlados por, personalidades fuertes, y partidos que se conocen en principio como vehículos de fuertes personalidades pueden llegar a tomar claras posiciones ideológicas. Segundo, el clientelismo y la ideología tampoco son necesariamente excluyentes entre sí. En todo el mundo, hay muchos partidos exitosos que intercambian favores personales por apoyo político. Hasta en el supuesto Chile altamente ideológico, funcionarios partidarios de todas las tendencias se encuentran inmiscuidos en el mismo tipo de actividades clientelistas (Valenzuela, 1977: 166). El clientelismo es sólo un medio para construir y mantener el poder de base; la ideología, cuando existe, es lo que guía el uso del poder. Muchos partidos son hasta cierto grado clientelistas, hasta cierto grado personalistas y hasta cierto grado ideológicos: estas tres cualidades varían de manera independiente. Tercero, por algún propósito la sofisticación ideológica de los líderes partidarios es menos relevante que la claridad de la imagen del partido entre los votantes. La definición de Sartori de la 'mentalidad ideológica' como 'un estado de impermeabilidad dogmática tanto para la evidencia como para el argumento' (Sartori, 1969: 403) es buena si deseamos comprender el comportamiento del partido al nivel de las élites: su rigidez o deseo de compromiso con políticas o coaliciones. Pero si deseamos comprender las relaciones entre partidos y votantes —la racionalidad en el voto, la calidad de la representación, la posibilidad de mantener a los funcionarios electos responsables de sus actos y omisiones— entonces se aplica un estándar diferente. Muy pocos

votantes se preocupan acerca de si el líder partidario puede debatir en detalle los puntos de Althusser, Maritain o Hayek. Si desean votar ideológicamente, todo lo que necesitan es un juicio de las posiciones relativas aproximadas de los partidos disponibles en el espectro ideológico.

Partidos ‘suficientemente ideológicos’ son aquellos que toman posiciones claras y ampliamente entendidas con relación a un *set* convencionalmente interrelacionado de cuestiones. Definiciones de ‘derecha’ e ‘izquierda’ no siempre sirven: varían mucho región a región, país a país, década en década y hasta de persona en persona si es que son hechas de manera precisa. Cuanto más diversas son las regiones a analizar, y mayor el período a ser cubierto, los criterios para la dimensión izquierda-derecha pueden ser menos específicos, por esta razón las dimensiones que son relevantes en unos pocos países deben ser descartadas de los criterios de comparación transnacional. No obstante, si la comparación es limitada a una región dentro de un período manejable de tiempo, los criterios para la dimensión izquierda-derecha son usualmente bien comprendidos.

Mi reciente clasificación de los partidos latinoamericanos resulta útil para determinar cuán ideológicos son los partidos de la región². Comencé por un bosquejo de clasificación de todos los partidos (vagamente definidos como cualquier etiqueta con resultados electorales) que compitieron en las elecciones para la cámara baja en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Perú, Uruguay y Venezuela. El esquema de clasificación identificaba a los partidos en sus respectivas posiciones dentro del espectro de izquierda-derecha (izquierda, centro-izquierda, centro, centro-derecha o derecha) y en cuanto a la dicotomía religioso vs. secular; o, en el caso de que esto no fuera posible, clasificaba a los partidos como ‘personalistas’, ‘otros’ (por ejemplo, regionales, étnicos o ambientales) o simplemente ‘desconocidos’. La categoría ‘personalista’ era por lo tanto definida de manera estricta, de modo que sólo clasificaba a los partidos sin una posición identificable dentro del espectro izquierda-derecha. Luego envié dicho bosquejo y mis criterios explícitos de codificación a 80 especialistas de distintos países, invitándolos a aconsejarme en la corrección de los errores de la clasificación. De los 80, 53 expertos me proveyeron de un ‘feedback’ que luego utilicé para realizar las correcciones³. La versión final clasifica de manera exitosa alrededor de 800 de los aproximadamente 1200 partidos de la muestra, los que obtuvieron el 97% de los votos. Aunque en principio una clasificación más rigurosa es posible, esta clasificación es la más

² Para las clasificaciones mismas, grupos de porcentajes de voto para cada bloque, y una descripción completa de la metodología usada en la clasificación de partidos, ver Coppedge (1997a).

³ Me encuentro profundamente en deuda con los especialistas de cada país quienes, sin compensación, emplearon el tiempo y esfuerzo para comentar mi bosquejo de clasificac-

comprehensiva y sistemática en existencia para los partidos latinoamericanos y, como será demostrado más abajo, su confiabilidad es relativamente alta. Aunque cualquier caso de estudio podría proveernos una base más firme para la clasificación de los partidos en alguna elección dada, no existe actualmente una alternativa a esta clasificación para la comparación de los sistemas de partidos latinoamericanos, históricamente y entre países.

La clasificación provee dos tipos de evidencia sobre la ideología de los partidos y de los sistemas de partidos. En primer lugar, informa acerca del porcentaje de votos obtenido por partidos y candidatos estrictamente personalistas para cada elección. Bajo este criterio, los partidos y candidatos personalistas son, en general, pequeños y extraordinarios. El voto personalista es mayor al 10% en sólo 23 de las 149 elecciones de la muestra. El único país en el cual el voto personalista ha sido consistentemente mayor al 10% es Ecuador. Dicho voto ha sido igualmente alto en Perú 1990-5 y en Bolivia 1989-93. No obstante, también ha sido mayor al 10% en las elecciones chilenas de 1932 y 1949-57. Asimismo, existieron irrupciones de personalismo en la tradicionalmente ideológica Costa Rica en 1958, 1962 y 1974, y en Venezuela en 1968 y 1993. Siguiendo dicho criterio, el voto personalista en Brasil es bajo, aún más bajo en promedio que el de Chile.

Debido a que los criterios para 'personalismo' son tan estrictos, resulta prudente, en todo caso, considerar la confiabilidad de las clasificaciones. Algunos partidos parecen ser no ideológicos por su personalismo estricto, pero otros parecen ser no ideológicos porque no está clara su posición dentro del espectro

ción. Ellos son, por **Argentina**: Marcelo Leiras, James McGuire, Guillermo O'Donnell, Scott Mainwaring y Edward Gibson; **Brasil**: Barry Ames, David Fleischer, Scott Mainwaring y Timothy Pérez; **Chile**: Aníbal Pérez Liñán, Ivan Jaksic y Manuel Antonio Garretón; **Colombia**: Pablo Abitbol, Ronald Archer, David Buschnell, Robert Dix, Jonathan Hartlyn, Gary Hoskin, Francisco Leal Buitrago y Steven L. Taylor; **Costa Rica**: Fabrice Edouard Lehoucq, Mitchell Seligson y Cynthia Chalker, Deborah Yashar, Manuel Rojas Bolaños, John Booth y Jorge Vargas; **Ecuador**: J. Samuel Fitch y Andrés Mejía Acosta, quienes también me facilitaron copias de clasificaciones publicadas por Fernando Bustamante, Luis Verdesoto Custode y E. Durán; **México**: John Bailey, Roderic Ai Camp, Robert Dix, Xochitl Lara Becerra, Soledad Loeza, Alonso Lujambio, Kevin Middlebrook, Juan Molinar Horcasitas y Esperanza Palma; **Perú**: Cynthia McClintock, Charles Kenney, Felipe Ortiz de Zevallos, Carol Graham y David Scott Palmer; **Uruguay**: David Altman, Rossana Castiglioni y Juan Rial; **Venezuela**: Brian Crisp, José Molina Vega, David J. Myers, Juan Carlos Navarro, Juan Ostiguy, Donna Lee Van Cott. Desafortunadamente, nadie me proporcionó un 'feedback' comprehensivo sobre mi bosquejo de clasificación para Bolivia. Debido a que los especialistas no tuvieron oportunidad de responder a mis intentos por reconciliar sus desacuerdos, no son de ninguna manera responsables de la clasificación final.

ideológico. En estos últimos casos, la confiabilidad de la clasificación es baja. Algunos partidos latinoamericanos son muy difíciles de clasificar, y ello se refleja en la ausencia de consenso entre los especialistas. Sólo algunos pocos partidos son a la vez, ideológicos, grandes e importantes: el peronismo en la Argentina, el PRI mexicano en ciertas elecciones y los Liberales y Conservadores de Colombia durante buena parte de su historia. Pero debido a que los otros son partidos completamente pequeños, casi insignificantes, sería engañoso realizar estadísticas de confiabilidad para partidos individuales. En lugar de ello, baso el análisis en una medida agregada de confiabilidad para cada elección. Específicamente, la confiabilidad es el porcentaje de expertos que coinciden con mi clasificación final de un partido, multiplicado por el porcentaje de votos obtenido por ese partido, sumando así todos los partidos que obtienen votos en dicha elección⁴. En otras palabras, la confiabilidad es un promedio ponderado del grado de coincidencia con la clasificación de todos los partidos en una elección, o del grado de coincidencia con el voto promedio. Por ejemplo, si tres partidos compiten en una elección y todos los expertos concuerdan con mi clasificación del partido mayoritario (A), 4 de 5 expertos están de acuerdo sobre el segundo partido (B) y 3 de 5 concuerdan sobre el tercer partido (C), la confiabilidad sería del 86%, calculada de la siguiente manera:

Partido	Voto	Acuerdo	Producto
A	.50	1.00	.50
B	.30	0.80	.24
C	.20	0.60	.12
			.86

Un puntaje bajo de confiabilidad puede resultar de diversos factores además de una posición ideológica poco clara por parte del partido⁵. De todas

⁴ Los votos para los partidos no clasificados fueron excluidos antes de ser realizado el cálculo de confiabilidad; mi imposibilidad para clasificar dichos partidos se debió más a una falta de información sobre esos partidos que a una falta de acuerdo entre los especialistas.

⁵ El partido puede tener una posición clara en algunas dimensiones diferentes de las reflejadas en mis criterios de clasificación; puede que mis criterios de codificación no hayan sido lo suficientemente claros para algunos expertos; el partido puede ocupar una serie de posiciones, volviéndose poco claro cuál de todas es la más representativa; puede que hayan sido consultados pocos expertos; puede que a algunos les haya faltado la pericia suficiente; puede que algunos no hayan revisado el bosquejo con suficiente diligencia; o algunos podrían haber apoyado las clasificaciones corregidas si hubiesen tenido la oportunidad.

maneras, es poco probable que una clasificación pueda tener un puntaje alto de confiabilidad si el partido no tuvo una posición ideológica clara, ya que cualquier vaguedad o inconsistencia de posición generaría un desacuerdo entre los expertos.

La media de confiabilidad para esta muestra es de 85.6, con un desvío estándar de 12.6 y una mediana de 88.7 (estas cifras excluyen las elecciones bolivianas y uruguayas debido a que muy pocos especialistas proveyeron los comentarios necesarios sobre dichos casos para el cálculo de confiabilidad). Si establecemos un corte para la confiabilidad en el 85% —equivalente a que 17 sobre 20 expertos coinciden en la clasificación del voto promedio— entonces el 63% de las elecciones fueron clasificadas como creíbles y el 37% restante no.

El mejor estándar para la identificación de sistemas de partidos suficientemente ideológicos, combina ambos criterios: confiabilidad de un 85% o más y un voto personalista menor al 10%. La Tabla 1 clasifica todas las elecciones con relación a ambos criterios. Bajo estos criterios rígidos, el 55% de las elecciones latinoamericanas en la muestra (52% contando a Bolivia y Uruguay) fueron lo suficientemente ideológicas; el 15%-16% probablemente tuvo un personalismo significativo; y un 24%-29% no fueron claramente ideológicas, sin ser tampoco claramente personalistas. Estas cifras proveen algún apoyo al viejo saber establecido: las elecciones que fueron personalistas o no claramente ideológicas, o ambas, han sido bastante comunes en Latinoamérica, quizás más comunes que en Europa occidental. De todas maneras, el nuevo saber establecido está también justificado porque dichas elecciones no constituyen la norma y porque algunos países han tenido elecciones suficientemente ideológicas de manera más frecuente que otros. No es una sorpresa que Chile ocupe el puesto más alto en este aspecto, mientras que Ecuador el más bajo.

Sin embargo, el nuevo saber establecido no está totalmente justificado. La Tabla 1 muestra que la mayoría de los países han experimentado elecciones desviadas de su habitual reputación de ser ideológicas o no. Como ya se ha notado, Chile, Costa Rica y Venezuela han tenido repetidos encuentros con el personalismo. El sistema de partidos brasileño puede que sea volátil y fragmentado, pero no ha sentido la ausencia de claridad ideológica en los 90. El sistema de partidos argentino tiene una justificable reputación de ser *sui generis*, debido a una controversia acerca de qué es lo que representa el peronismo. Pero en la era pre-peronista (1912-30) y durante el período de proscripción del peronismo (1958-65), este sistema era suficientemente ideológico. Los partidos colombianos más importantes tienen una reputación de ser virtualmente indistinguibles en términos de izquierda-derecha, pero esto no impidió a los expertos coincidir con la clasificación

de los Liberales en el centro y los Conservadores en la centro-derecha durante los años del Frente Nacional (1958-74) y en los 90. Las oscilaciones ideológicas de los presidentes mexicanos desde 1970 a 1988, enturbiaron las percepciones de la posición del PRI oficial, pero en los 60 y en lo 90 las posiciones relativas de los partidos mexicanos son lo suficientemente claras. La reputación personalista de Perú está basada en su experiencia anterior a la democratización de 1978 y al surgimiento de Fujimori en 1990; pero en las 3 elecciones intermedias, sus partidos poseían suficiente coherencia ideológica. Y aunque no existen cifras creíbles para Bolivia, sospecho que podría resultar lo suficientemente ideológica durante el período 1979-85, ya que el sistema de partidos se encontraba muy polarizado en términos de izquierda-derecha durante esos años, como veremos más adelante.

TABLA I
Personalismo e Ideología

(n=149)	Con por lo menos el 10% de Personalismo (n=23)	menos del 10% de Personalismo (n=126)
al menos un 85% de confiabilidad (n=77)	Significativamente Personalistas (n=10) Chile 1932, 1949-57 Costa Rica 1958-62 Perú 1990-5 Venezuela 1968	Suficientemente ideológicos (n=67) Argentina 1912-30, 1958-65 Brasil 1945, 1966-78, 1990-4 Chile 1915-25, 1937-45, 1961-93 Colombia 1958-78, 1990-4 Costa Rica 1953, 1966-70, 1978-94 México 1961-7, 1991-4 Perú 1978-85 Venezuela 1973-88
Confiabilidad desconocida (n=26)	Probablemente Personalistas (n=3) Bolivia 1966, 1989-93	Probablemente No Muy Personalistas (n=23) Bolivia 1962, 1979-85 Uruguay 1917-94
menos del 85% de Confiabilidad (n=46)	Personalistas y Poco Claros Ideológicamente (n=10) Costa Rica 1974 Ecuador 1966-94 Venezuela 1993	Poco Claros Ideológicamente (n=36) Argentina 1946, 1973-95 Brasil 1950-62, 1982-6 Colombia 1931-49, 1982-6 México 1970-88 Perú 1963 Venezuela 1958-63

Fuente: Datos del autor.

Ideología: tendencia media y polarización

También es difícil generalizar acerca de otros dos aspectos de la ideología del sistema de partidos en América Latina: cuán inclinado a la derecha o la izquierda se encuentra un sistema de partidos, y cuán polarizado es. La Posición Media Izquierda-Derecha (MLRP) mide a qué distancia hacia la izquierda o la derecha estuvo el partido promedio en cada elección, basado en las posiciones izquierda-derecha de todos los partidos y en sus porcentajes de voto. Este indicador asume que todos los partidos clasificados en la izquierda (sean cristianos o seculares) están aproximadamente el doble de lejos del centro que los partidos clasificados como centro-izquierda, y los partidos de derecha están el doble de lejos del centro que los partidos de la centro-derecha. Esta asunción permite el cálculo del MLRP como:

$$(XR + SR) + .5(XCR + SCR) - .5(XCL + SCL) - (XL + SL)$$

donde XR representa el porcentaje de votos obtenido por todos los partidos del bloque de derecha cristiano, y así con todas las demás abreviaciones de bloque. El índice sería igual a 100 si todos los partidos estuvieran a la derecha, -100 si todos los partidos estuvieran a la izquierda, 50 o -50 si todos los partidos fueran de centro-derecha o centro-izquierda respectivamente, ó 0 si todos los partidos fueran centristas, personalistas, otros o desconocidos, o si los partidos a la izquierda equilibran de manera perfecta a los partidos a la derecha⁶. En esta muestra, el MLRP va de -42 (Perú 1985) hasta un +69 (Brasil 1970), con una media global de 5.

La polarización izquierda-derecha constituye un aspecto diferente de la ideología del sistema de partidos. Aquí es definida como la dispersión del voto hacia afuera del centro relativo del sistema de partidos. El centro relativo puede estar más a la derecha o más a la izquierda que el centro absoluto, y es operacionalizado como MLRP. El índice de polarización (IP) asume las mismas

⁶ Obviamente, este indicador contiene errores de medición porque existe alguna variación entre los partidos dentro de cada bloque y no hay manera de saber si los extremos están el doble de lejos de la centro-derecha como de la centro-izquierda, o si están solamente un 50% más lejos, o tres veces más lejos. No obstante, estoy persuadido de que mediciones con algún tipo de error son preferibles a no tener mediciones, siempre y cuando las clasificaciones de partidos sean válidas.

premisas sobre las posiciones de los bloques en un rango (-1, +1)⁷. Su fórmula es

$$|1-\text{mlrp}|*(XR+SR) + |.5-\text{mlrp}|*(XCR+SCR) + |-.5-\text{mlrp}|*(XCL+SCL) + |-1-\text{mlrp}|*(XL+SL)$$

donde $\text{mlrp} = \text{MLRP}/100$. El índice puede alcanzar su máximo sólo cuando la mitad del voto va para la derecha y la otra mitad para la izquierda; si todo el voto fuera para un solo extremo, la polarización sería igual a cero debido a que el centro relativo estaría también en el extremo y no habría por lo tanto ninguna dispersión⁸.

La Tabla 2 clasifica las elecciones por su posición media en el espectro izquierda-derecha y por el grado de polarización. Los sistemas de partidos ‘polarizados’ son aquellos que tienden hacia una distribución bimodal del voto en el espectro izquierda-derecha. Los sistemas de partidos ‘unimodales’, por su parte, tienen una distribución del voto con un pico más prominente cerca del centro relativo, lo que en general indica una ausencia de competencia significativa entre partidos. Finalmente, los sistemas de partidos ‘chatos’ tienen un perfil de distribución del voto más uniforme a lo largo del rango de opciones izquierda-derecha, y son por lo tanto más competitivos. Cada uno de estos tipos, a su vez, puede inclinarse hacia la derecha o a la izquierda, o estar centrado, de acuerdo con su tendencia media. La Tabla 2 muestra que ningún sistema de partidos de la región se ha inclinado en una dirección de manera consistente, y los únicos sistemas de partidos que han permanecido dentro de un rango de polarización son Costa Rica a partir de 1953, Uruguay y Venezuela, que son todos chatos (y no están a la derecha del centro). Quizás no sea una coincidencia que estos países constituyan tres de las democracias más estables de la región.

⁷ Con el propósito de medir la polarización en la Argentina, he tratado la confrontación peronismo-antiperonismo como equivalente a una diferencia extrema en términos de izquierda-derecha antes de 1983, y como una diferencia moderada a partir de ese año.

⁸ Es importante recordar que este indicador es solamente un indicador de polarización izquierda-derecha, y no refleja las intensas rivalidades personales, étnicas, u otras que a veces existen entre partidos que se encuentran relativamente cerca en términos de izquierda-derecha.

TABLA 2
Tendencia media y polarización

(n=147)	Inclinación hacia la Izquierda MLRP menor a -20 (n=11)	Inclinación hacia la Centro-Izquierda MLRP de -20 a -10 (n=23)	Centrado MLRP de -10 a 10 (n=57)	Inclinación hacia la Centro-Derecha MLRP de 10 a 20 (n=27)	Inclinación de hacia la Derecha MLRP arriba de 20 (n=29)
Polarizado IP arriba de 55 (n=24)	Chile 1969-73	Argentina 1973 Chile 1941 Perú 1963	Bolivia 1979-80 Brasil 1994 Chile 1932, 1945, 1953, 1961 Costa Rica 1953 Ecuador 1984, 1990 Perú 1980	Bolivia 1989 Chile 1949, 1957, 1993 Ecuador 1994	Bolivia 1985 Chile 1937 Ecuador 1992
Chato IP de 25 a 55 (n=79)	Argentina 1965, 1983 México 1970-3 Perú 1978, 1985 Uruguay 1917 Venezuela 1958, 1983	Chile 1965 Colombia 1990b Costa Rica 1962, 1970-4, 1982 Ecuador 1988 Uruguay 1934-42, 1950-4, 1966, 1994 Venezuela 1963-78, 1988-93	Argentina 1914-20, 1930, 1946, 1985-95 Brasil 1990 Colombia 1991 Costa Rica 1958, 1966, 1978, 1986-94 Ecuador 1979, 1986 Perú 1990 Uruguay 1919-31, 1946, 1958- 62, 1971, 1989	Brasil 1986 Chile 1989	Argentina 1912 Brasil 1945-62, 1982 Chile 1915-25 México 1985-8, 1994
Unimodal IP abajo de 25 (n=44)			Argentina 1922-8, 1958-63 Bolivia 1966 México 1976-9 Perú 1992-5	Colombia 1933-90a, 1994	Bolivia 1993 Brasil 1966-78 Colombia 1931 Ecuador 1966 México 1961-7, 1982, 1991

Fuente: Datos del autor.

Aunque la Tabla 2 dramatiza la dificultad de generalizar sobre la tendencia media o polarización por país, igualmente identifica elecciones de distintos países que son comparables en términos de su tendencia media y polarización. Por ejemplo, las elecciones en el Brasil autoritario y varias elecciones en el México autoritario caen dentro de la categoría de sistemas unimodales de inclinación derechista. Dentro de esta categoría también caen un par de elecciones tempranas y menos competitivas, llevadas a cabo en Colombia y Ecuador. En la celda unimodal centrada encontramos a la Argentina dominada por Yrigoyen, a Bolivia cuando estuvo dominada por Barrientos y al Perú contemporáneo dominado por Fujimori. Algunas de las elecciones agrupadas en otras celdas pueden parecer combinaciones extrañas, en la medida en que aglutinan sistemas de partidos que son institucionalizados y rudimentarios, fragmentados o no; pero la aparente rareza de las combinaciones sólo subraya cuán independiente es una característica del sistema de partidos de las otras. Resulta interesante notar que el Chile de 1969-73 no fue el sistema de partidos más polarizado ni el más inclinado a la izquierda, sino que fue el sistema polarizado más inclinado a la izquierda y el más polarizado de los sistemas con inclinación hacia la izquierda. La combinación de polarización con una tendencia hacia la izquierda puede resultar peligrosa para la salud de un régimen: 3 de los 5 casos polarizados de centro-izquierda e

izquierda sucumbieron bajo golpes militares antes de una nueva elección, un porcentaje mucho más alto que en cualquiera de las otras celdas de la tabla.

Institucionalización

Hay algo de verdad en el viejo estereotipo de que los partidos y sistemas de partidos latinoamericanos están pobremente institucionalizados. La volatilidad en América Latina en el siglo XX tiene un promedio de 21.3, comparado al 8.6 de la Europa occidental⁹. De todas maneras, dicho promedio oculta grandes variaciones dentro de la región, que han sido reconocidas hace algún tiempo. En su clásico de 1976, *Partidos y Sistemas de Partidos*, Sartori hizo una distinción entre sistemas de partidos ‘estructurados’ y ‘fluidos’ (Sartori, 1976: 310-1). Veinte años después, Mainwaring y Scully realizaron una distinción similar entre sistemas de partidos ‘institucionalizados’ y ‘rudimentarios’, y produjeron un índice sumario de institucionalización (Mainwaring y Scully, 1995:19). Como lo muestra la Tabla 3, ambas clasificaciones identifican claras diferencias entre los casos latinoamericanos y concuerdan de manera casi perfecta sobre cuáles sistemas han estado bien institucionalizados, y cuáles no¹⁰. Basándose en sus opiniones combinadas, el saber establecido afirma que tanto Uruguay como Costa Rica, Chile y Venezuela (y posiblemente Colombia y Argentina) tienen sistemas de partidos institucionalizados, mientras que Bolivia, Ecuador y Perú (y probablemente el Brasil democrático) no los tienen. No existe consenso con relación a un grupo de países –Argentina, Colombia y México– debido a que son institucionalizados en algunos aspectos pero en otros no. Mainwaring y Scully (1995: 6-21) examinaron sabiamente numerosos y diferentes aspectos de institucionalización: volatilidad electoral, la diferencia entre el voto presidencial y las bancas legislativas ganadas por los partidos, alguna evidencia sobre la intensidad de la identificación partidaria, la intensidad de los lazos entre partidos y organizaciones sociales, el porcentaje de bancas legislativas ocupadas por partidos

⁹ La cifra para Europa Occidental viene de Bartolini y Mair (1990: 68). La cifra para Latinoamérica utiliza los criterios de Bartolini y Mair para quiebres y cambios de régimen para asegurar la comparabilidad. Si los criterios usados en la Tabla 3 son sustituidos, la volatilidad media para este grupo de elecciones es de 26.6.

¹⁰ Mainwaring y Scully clasificaron a México y Paraguay como ‘sistemas hegemónicos en transición’ antes que ‘institucionalizados’, aunque su ranking en el índice es consistente con la clasificación de Sartori. Del mismo modo, Sartori clasificó a Brasil sólo durante sus años democráticos (1945-64 y 1985-94). Finalmente, Mainwaring y Scully no discutieron acerca de cuatro países de Centroamérica que sí fueron incluidos por Sartori –Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (todos fluidos)–.

fundados alrededor de 1950, la legitimidad popular de los partidos y las elecciones, y la fortaleza de las organizaciones partidarias. Aquí, no obstante, voy a focalizar el análisis solamente en la volatilidad, ya que los datos históricos comparables sobre otros aspectos resultan incompletos.

La Tabla 3 presenta intervalos de confianza por país para clarificar la importancia de las diferencias de promedio. El saber establecido es básicamente correcto en cuanto a la volatilidad, admitiendo sólo tres excepciones. Primero, existe una brecha importante dentro del grupo más institucionalizado, entre la extremadamente baja volatilidad media de Uruguay, Colombia, México y el Brasil autoritario y los niveles significativamente altos en Costa Rica, Chile y Venezuela. Segundo, la Argentina al igual que el Brasil democrático, claramente pertenecen al grupo más volátil¹¹. Por último, los grados de volatilidad de Bolivia, Ecuador y Perú han sido tan variables que no son distinguibles estadísticamente de ningún sistema, excepto de los tres menos volátiles.

TABLA 3
Indicadores de Institucionalización del Sistema de Partidos

	Clasificación de Sartori	Índice de Mainwaring y Scully	Volatilidad del Sistema de Partidos (intervalo de confianza de 95%)	Volatilidad de Bloque Ajustada (intervalo de confianza de 95%)
Uruguay	Estructurado	11.5	6-12	*
Costa Rica	Estructurado	11.5	15-28	2.1-4.1
Chile	Estructurado	11.5	22-32	2.8-4.4
Venezuela	Estructurado	10.5	18-33	1.4-3.3
Colombia	--	10.5	5-18	*
Argentina	--	9.0	29-41	3.7-9.9
Brasil autoritario (1970-8)	Estructurado	--	0-29	*
México	Estructurado	8.5	5-13	*
Paraguay	Estructurado	7.5	--	--
Bolivia	Fluido	5.0	19-78	3.3-10.2
Ecuador	Fluido	5.0	17-53	4.2-8.4
Brasil democrático (1950-62, 1986-94)	--	5.0	29-51	2.0-4.0
Perú	Fluido	4.5	25-67	1.3-8.6

*Excluidos porque hay muy pocos bloques como para permitir una medida valiosa de volatilidad de bloque.

Fuentes: Sartori (1976: 310-1), Mainwaring y Scully (1995: 17), y datos del autor.

¹¹ El intervalo para Brasil excluye a las elecciones de 1966 y 1982 que marcaron el inicio y el final del período autoritario. Técnicamente, la volatilidad fue de 100 en ambas elecciones, pero debido a su total artificialidad –consecuencia del régimen militar que proscribió por decreto a todos los partidos previos– para algunos propósitos sería engañoso incluirlas en el promedio. La volatilidad de Brasil es lo suficientemente alta sin ellas.

La volatilidad de los sistemas de partidos es un buen indicador del resultado de todas las circunstancias que generan cambios en un sistema de partidos, que por lo pronto son múltiples: 1) desertión de electores, 2) cambio generacional en el electorado, 3) extensión del sufragio, 4) variaciones coyunturales en el número de votantes, 5) fusiones y alianzas partidarias, 6) divisiones partidarias, 7) boicoteo de elecciones y 8) proscripción de ciertos partidos. Pero la volatilidad del sistema de partidos no es el único indicador posible de volatilidad: el mismo índice puede ser calculado utilizando los porcentajes de votos obtenidos por los bloques ideológicos, más que por los partidos. Dicho índice nos permite medir la volatilidad causada por la desertión de votantes de los bloques; ello constituye un aspecto limitado pero más coherente de institucionalización. Para una medición más adecuada, podemos quitar los componentes de volatilidad debidos a cambios ideológicos, y ajustarla teniendo en cuenta las diferencias en el intervalo de elecciones. La estadística resultante se denomina volatilidad de bloque ajustada (ABV):

$$ABV=(1/T_i)[.5*\text{SUM}|B_{i,t+1} - B_{i,t}| - \text{lesser}(S_{i,t+1}, S_{i,t})]$$

donde $B_{i,t}$ es el porcentaje de votos obtenido por el bloque i en la elección t , T_i es el número de años transcurridos desde la elección previa, y $S_{i,t}$ es el porcentaje de votos por el partido i que se trasladará a un bloque distinto en la elección $t+1$. El ABV puede ser bajo aún cuando la volatilidad del sistema de partidos es alta, si los votantes mantienen lealtades firmes con bloques ideológicos que trascienden las lealtades con partidos específicos: es decir, un tipo de institucionalización ‘desenganchada’, pero igualmente útil.

Uno de los rasgos distintivos del sistema de partidos chileno es que, supuestamente, es estructurado, precisamente por el tipo de identificación estable con los bloques de izquierda, centro y derecha (Valenzuela, 1978; Scully, 1992). Pero según el ABV (última columna de la Tabla 3), Chile no está más ideológicamente estructurado que Costa Rica o Venezuela. Más llamativo resulta el hecho que el Brasil democrático claramente entra dentro de este grupo relativamente institucionalizado. En los otros casos, la volatilidad de bloque produce los mismos grupos que la volatilidad del sistema de partidos, excepto para Ecuador que es ahora, más claramente, extremadamente volátil.

Fragmentación

Los sistemas de partidos han sido clasificados por largo tiempo en tipos definidos por el número y tamaño relativo de los partidos (Duverger, 1954; Almond y Coleman, 1960; Sartori, 1976; McDonald y Ruhl, 1989). Esta práctica usualmente ha llevado a la clasificación de México y Paraguay como sistemas de partido dominante; a Colombia y Uruguay como sistemas históricamente bipartidistas; a Costa Rica, Venezuela y quizás la Argentina, como sistemas de dos partidos y medio; y a Bolivia, Chile y Ecuador como sistemas multipartidistas. No obstante, a veces estos rótulos deben ser enmendados, dependiendo del período analizado: el Brasil autoritario tenía un sistema bipartidista, mientras que Uruguay se tornó más tripartidista en 1971, y el sistema de dos partidos y medio de Venezuela parece haberse limitado a las elecciones entre 1973 y 1988, etcétera.

El nuevo institucionalismo tiende a esquivar las tipologías simples en favor de medidas continuas de fragmentación. La que se encuentra presente aquí es el ENPV (Número Efectivo de Partidos), basado en los porcentajes de votos de Laakso y Taagepera (ver nota 1 para su definición). También se puede calcular el número efectivo de bloques ideológicos (ENB) utilizando la misma fórmula, pero sustituyendo el porcentaje del voto clasificado obtenido por cada bloque en lugar del porcentaje obtenido por los partidos¹². El ENB provee algunas indicaciones acerca de cuán representativa es la fragmentación de un sistema de partidos. Algunos sistemas de partidos fragmentados están también fragmentados ideológicamente, mientras que otros no; en estos últimos, en cambio, hay una mayor competencia entre partidos que son muy similares en términos de izquierda-derecha y cristiano-secular. En estos sistemas, algunas de las divisiones entre partidos son superfluas en términos programáticos, es decir, constituyen simples productos de politiquería (pseudo-política superficial).

Conforme a pruebas de medias, podemos decir sin lugar a dudas que los sistemas de partidos son más fragmentados (en términos del ENPV) en Chile, Ecuador y el Brasil democrático que en los otros 8 países; y que son menos fragmentados en Colombia, Uruguay, México y el Brasil autoritario que en Chile, Ecuador, Argentina, Venezuela y el Brasil democrático. En términos del ENB, los sistemas de partido de Ecuador y Chile son

¹² El voto clasificado es simplemente el voto por partidos que pudo ser clasificado en este diseño. Mejor que recalcular los porcentajes del voto para todos los partidos o bloques antes de calcular el ENB, es calcular el ENB usando porcentajes del total de los votos válidos y luego multiplicar por $(1-U_i/100)^2$, que es matemáticamente equivalente. U_i es el porcentaje de votos obtenido por los partidos no clasificados en la elección t.

significativamente más diversos ideológicamente que los de Bolivia, Perú, Costa Rica, Venezuela y Argentina. Más allá de estas simples generalizaciones, los promedios pueden ser muy engañosos, por lo que es preferible comparar elecciones antes que países. La Tabla 4 cruza, al mismo tiempo que clasifica a los sistemas de partidos, por el número de bloques y el número de partidos en cada elección. La dispersión de cada uno de los países en múltiples celdas da por tierra con la insensatez de tratar de clasificar a los países latinoamericanos por su número de partidos.

TABLA 4
Fragmentación de Bloque y Sistemas de Partidos

(n=139)	Bipartidario ENPV de 2 a 3 (n=46)	Multipartidarios Moderados ENPV de 3 a 5 (n=44)	Multipartidarios Extremos ENPV arriba de 5 (n=39)
Bloque Dominante ENB abajo de 2 (n=43)	Argentina 1928 Brasil 1974-8 Colombia 1931, 1964, 1970, 1990a Costa Rica 1953 México 1985, 1991 Perú 1963	Argentina 1916, 1922, 1958 Brasil 1945 Perú 1995 Venezuela 1958	Argentina 1926, 1946, 1960-3
Dos Bloques ENB de 2 a 3 (n=63)	Argentina 1983 Bolivia 1966 Brasil 1982 Colombia 1947-9, 1974-86 Costa Rica 1962-70, 1978-94 México 1994 Uruguay 1919-84 Venezuela 1983	Argentina 1918-20, 1930, 1985-93 Bolivia 1993 Colombia 1991-4 Costa Rica 1958 México 1988 Perú 1985, 1992 Venezuela 1973-8, 1988	Argentina 1912-4, 1924 Brasil 1950, 1958-62 Ecuador 1966 Venezuela 1963-8, 1993
Multibloque Moderado ENB de 3 a 5 (n=37)		Argentina 1973, 1994-5 Bolivia 1979-89 Brasil 1986 Chile 1925, 1965-9 Colombia 1990b Costa Rica 1974 Perú 1978-80 Uruguay 1989-94	Argentina 1965 Brasil 1954, 1994 Chile 1915-21, 1932-45, 1953, 1961, 1973-93 Ecuador 1979, 1988, 1992-4
Multibloque Extremo ENB arriba de 5 (n=6)			Brasil 1990 Chile 1949, 1957 Ecuador 1984-6, 1990

Nota: son excluidas 22 elecciones debido a que el número de partidos es muy chico como para permitir una estimación valiosa del número de bloques. Estos casos son los de Brasil 1966-70; Colombia 1933-45, 1958-62 y 1966-8; México 1961-82; y Uruguay 1917. Pueden ser considerados como sistemas con partido dominante y un desconocido número de bloques.

Fuente: Datos del autor.

Esta tabla también agrupa casos comparables con respecto a la diversidad de opciones ofrecidas en elecciones. Los sistemas de bloque dominante y partido dominante presentes en la lista de la nota debajo de la tabla —el Brasil autoritario temprano, Colombia al principio del período del Frente Nacional y las elecciones mexicanas anteriores a 1985— presentó a los votantes opciones muy limitadas y relativamente de escaso valor, además de la certeza de cual de los partidos resultaría vencedor. La esquina de abajo a la derecha de la tabla define la posición contraria: sistemas multipartidistas de multibloques extremos que ofrecían a los votantes opciones extremadamente diversas y pocas pistas acerca de cuál de los partidos sería el ganador. Este fue el caso de la elección brasileña ganada por el desconocido candidato Fernando Collor de Mello, el de Chile al principio y al final del período de Ibáñez, y de varias elecciones ecuatorianas. Por último, las tres celdas en la esquina de arriba a la derecha de la tabla contienen a los sistemas de partidos donde los votantes tuvieron muchas opciones, pero no las más importantes. En la Argentina de 1912-16 y 1922-6, esta situación tuvo su origen en la fragmentación del centro en una variedad de partidos Radicales; en Venezuela 1958-68, por la división de la centro-izquierda entre URD, Acción Democrática y sus astillas; y en Brasil 1945-50 y 1958-82, por la división de la centro-derecha entre PSD, UDN y una gran cantidad de alianzas y partidos regionales regidas por élites.

Conclusión: hacia las explicaciones

Este artículo ha sido un ejercicio de descripción, pero transmite un importante mensaje acerca de la explicación: sistemas de partidos tan diversos y dinámicos como éstos no podrán ser fácilmente explicados. Los factores explicativos que brinda una caja de herramientas estándar —nivel de desarrollo, estructura de clases, clivajes étnicos, cambio demográfico y leyes electorales— cambian muy despacio o demasiado gradualmente como para capturar la mayor parte de la variación descrita aquí. Es más probable que explicaciones que sirvan en América Latina incorporen factores que son manipulados fácil, rápida y completamente por los gobiernos, líderes de partido y otras élites. Estos factores incluyen a las divisiones de partido, fusiones y alianzas; tácticas de campaña; cambios programáticos; quizá la performance económica a corto plazo; y, en casos aislados, boicoteos de elecciones y la proscripción de ciertos partidos o candidatos.

La diversidad y el dinamismo también plantean severos desafíos metodológicos. Para identificar las causas del cambio, debemos tener algunos fundamentos para saber cómo hubiera sido el sistema de partidos en ausencia

de cualquier factor explicativo de interés; en general, la volatilidad hace esto extraordinariamente difícil. La elaboración de tipologías o promedios calculados no nos conducirán muy lejos. Nuestras únicas opciones son ahondar en ricos y exhaustivos estudios de caso, que impiden toda generalización; o bien llevar a cabo comparaciones cuantitativas de muchas elecciones en una muestra grande a lo largo de un extenso período de tiempo, con el peligro de superficialidad que dicho emprendimiento conlleva. La estrategia cuantitativa tiene dos desafíos propios. Primero, la diversidad entre países hace difícil separar el impacto causal de las diversas condiciones que permanecen relativamente constantes en cada país. Segundo, la diferente variación entre países (un tipo de heteroestadística) hace imperativo para los analistas el estandarizar los datos de modo que, por ejemplo, un cambio pequeño en Uruguay sea equivalente a un gran cambio en Ecuador.

Aunque las explicaciones bien fundadas sean terriblemente difíciles de probar, es importante intentarlo, porque que los sistemas de partidos sean débiles o fuertes, de derecha o de izquierda, ideológicos o pragmáticos, fragmentados o monolíticos, tiene importantes consecuencias. La naturaleza de los sistemas de partidos afecta el significado de las elecciones, la calidad de la representación, la naturaleza de las opciones de política económica, y la legitimidad y supervivencia de gobiernos y del régimen democrático mismo, especialmente en América Latina.

Bibliografía

- Alexander, Robert J.** (1964) *The Venezuelan Democratic Revolution*, New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Almond, Gabriel and James S. Coleman** (1960) *The Politics of the Developing Areas*, Princeton: Princeton University Press.
- Bartolini, Stefano and Peter Mair** (1990) *Identity, Competition, and Electoral Availability*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Blanksten, George I.** (1960) "The Politics of Latin America", en Gabriel Almond and James Coleman (eds.) *The Politics of the Developing Areas*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Conaghan, Catherine** (1988) *Restructuring Domination*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- (1995) "Politicians Against Parties: Discord and Disconnection in Ecuador's Party System", en Mainwaring and Scully (eds.) *Building*

- Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.
- Coppedge, Michael** (1994) *Strong Parties and Lame Ducks*, Stanford: Stanford University Press.
- (1996) “The Rise and Fall of Partyarchy in Venezuela”, en Jorge I. Domínguez and Abraham F. Lowenthal (eds.) *Constructing Democratic Governance*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- (1997a) “A Classification of Latin American Parties”, *Kellogg Institute Working Paper Series*, N° 244, University of Notre Dame.
- (1997b) “District Magnitude, Economic Performance, and Party-System Fragmentation in Five Latin American Countries”, en *Comparative Political Studies*, N° 30.
- Di Tella, Torcuato** (1965) “Populism and Reform in Latin America”, en Véliz, Claudio (ed.), *Obstacles to Change in Latin America*, London: Oxford University Press.
- Dix, Robert H.** (1966) “Latin America: Oppositions and Development”, en Dahl, Robert A. (ed.), *Regimes and Oppositions*, New Haven, CT: Yale University Press.
- (1989) “Cleavage Structures and Party Systems in Latin America”, en *Comparative Politics*, N° 22.
- Dominguez, Jorge I. and James A. McCann** (1996) *Democratizing México*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996.
- Duverger, Maurice** (1954) *Political Parties*, New York: Methuen and Wiley.
- Gamarra, Eduardo and James M. Malloy** (1995) “The Patrimonial Dynamics of Party Politics in Bolivia”, en Mainwaring, S. and T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.
- Gibson, Edward** (1996) *Class and Conservative Parties*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Gillespie, Charles** (1991) *Negotiating Democracy*, Cambridge, Eng.: Cambridge University Press.
- González, Luis E.** (1991) *Political Structures and Democracy in Uruguay*, Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press.
- Graham, Carol** (1992) *Peru's APRA*, Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Hartlyn, Jonathan** (1988) *The Politics of Coalition Rule in Colombia*, Cambridge, Eng.: Cambridge University Press.
- Hilliker, Grant** (1971) *The Politics of Reform in Perú*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- Johnson, John J.** (1958) *Political Change in Latin America*, Stanford: Stanford University Press.
- Jones, Mark P.** (1994) “Presidential Election Laws and Multipartyism in Latin America”, en *Political Research Quarterly*, N° 47.

- Keck, Margaret E.** (1986) "Democratization and Dissension: The Formation of the Workers' Party", en *Politics and Society*, N° 15.
- Kinzo, Maria D'Alva Gil** (1988) *Legal Opposition Politics Under Authoritarian Rule in Brasil*, New York: St Martin's Press.
- Laakso, Murkuu and Rein Taagepera** (1979) "Effective Number of Parties: A Measure with Application to Western Europe", en *Comparative Political Studies*, N° 12.
- Mainwaring, Scott** (1991) "Parties, Politicians, and Electoral Systems: Brasil in Comparative Perspective", en *Comparative Politics*, N° 24.
- (1993) "Presidentialism, Multipartism, and Democracy: The Difficult Combination", en *Comparative Political Studies*, N° 26.
- (1995) "Brasil: Weak Parties, Feckless Democracy", en Mainwaring, S. and T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.
- Mainwaring, Scott and Timothy R. Scully** (1995) "Introduction: Party Systems in Latin America", en Mainwaring, S. And T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford: Stanford University Press.
- Martz, John D.** (1964) "Dilemmas in the Study of Latin American Parties", en *Journal of Politics*, N° 26.
- McDonald, Ronald H. and J. Mark Ruhl** (1989) *Party Politics and Elections in Latin America*, Boulder: Westview.
- McGuire, James W.** (1995) "Political Parties and Democracy in Argentina", en Mainwaring, S. and T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.
- Ostiguy, Pierre** (1997) "Peronismo y antiperonismo: Bases socioculturales de la identidad política en la Argentina", en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 6, Universidad Nacional de Quilmes.
- Payne, James L.** (1968) *Patterns of Conflict in Colombia*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Pedersen, Mogens. N.** (1979) "The Dynamics of European Party Systems: Changing Patterns of Electoral Volatility", en *European Journal of Political Research*, N° 7.
- Remmer, Karen L.** (1991) "The Political Impact of Economic Crisis in Latin America in the 1980's", en *American Political Science Review*, N° 85.
- Sartori, Giovanni** (1969) "Politics, Ideology, and Belief Systems", en *American Political Science Review*, N° 63.
- (1976) *Parties and Party Systems*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Scully, Timothy R.** (1992) *Rethinking the Center*, Stanford: Stanford University Press.

- (1995) “Reconstituting Party Politics in Chile”, en Mainwaring, S. and T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.
- Taagepera, Rein and Shugart, Matthew** (1989) *Seats and Votes*, New Haven: Yale University Press.
- Valenzuela, Arturo** (1977) *Political Brokers in Chile*, Durham, NC: Duke University Press.
- (1978) *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- (1994) “Party Politics and the Crisis of Presidentialism in Chile”, en Juan J. Linz and Arturo Valenzuela (eds.) *The Failure of Presidential Democracy*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Williams, Edward J.** (1967) *Latin American Christian Democratic Parties*, Knoxville: University of Tennessee Press.
- Yashar, Deborah J.** (1995) “Civil War and Social Welfare: The Origins of Costa Rica’s Competitive Party System”, en Mainwaring, S. and T. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions*, Stanford: Stanford University Press.

Resumen

La mayoría de los sistemas de partidos latinoamericanos cambian tanto y de tantas maneras, que el sistema de partidos ‘típico’ de cada país sólo puede ser descripto en términos bastante imprecisos. Sin embargo, la naturaleza del sistema de partidos puede ser descripta de manera más confiable si la analizamos a partir de cada elección. Este artículo compara, elección por elección, los sistemas de partidos latinoamericanos del siglo

XX, utilizando indicadores como fragmentación, volatilidad, personalismo, claridad ideológica, tendencia media izquierda-derecha y polarización. Los datos cubren 150 elecciones legislativas de cámaras bajas (en parlamentos bicamerales) o unicamerales durante el siglo XX en los siguientes países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Perú, Uruguay y Venezuela.

Palabras clave

Latinoamérica – fragmentación – volatilidad – ideología – polarización

